

LA NOVELA FILM

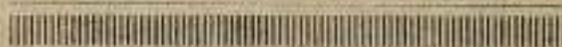
N.º 38

30 cts.



¡SOY INOCENTE!

La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vira
Urgel, 7. - BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción / Lauria, n.º 96
Administración / BARCELONA

Año II

N.º 38

¡SOY INOCENTE!

Sentimental novela inter-
pretada por los artistas

MAE BUSCH, PATSY RUTH
MILLER, AILEEN PRINGLE,
CONRAD NAGEL, HOBART
BOSWORTH y CREIGHTON
HALE

▼▼▼▼

EXCLUSIVA DE
GOLDWYN COSMOPOLITAN
CORPORATION

Rambla de Catalunya, 122
BARCELONA

Prohibida la
reproducción



¡SOY INOCENTE!

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En Ballamoar, capital de la "Isla del Hombre" situada en las costas del sur de Inglaterra, vivía hacía años la familia Stowell.

Cristián Stowell ejercía el cargo de Juez en dicha isla, y cultivaba con rectitud el tradicional lema de su familia: "*La Justicia es el bien más sagrado de la tierra.*"

Era viudo. Su vida entera giraba en el recuerdo de su esposa que muriera al darle su único heredero, Victor, a la sazón un joven muy simpático e inteligente.

A pesar de su edad, Victor no habíase aún decidido por una carrera con que asegurar su porvenir, pero, al fin, dió un alegrón a su padre, cierto día, notificándole su firme propósito de estudiar leyes, para seguir con fidelidad la honrosa tradición de su familia.

Al recibir el viejo Juez la mayor alegría de su vida, bendijo la memoria de su añorada esposa. Y para conmemorar la feliz resolución del hijo amado, Cristián Stowell empezó a escribir sus memorias, titulándolas "*Seis años de mi vida*". Sus primeras líneas fueron para la desaparecida compañera:

"Jugando que la voluntad de Dios Nuestro Señor, al dejar que yo sobreviviera a mi amada esposa, fué que me consagrara por entero al cuidado y educación de nuestro hijo Víctor, dedico estas páginas a la memoria de mi muerta inolvidable."

Seis años después, la misma pluma llenaba una de las últimas páginas del periodo de la carrera de Víctor Stowell:

"Hoy hace seis años que Víctor empezó a estudiar leyes. Mi hijo ha adquirido el hábito de madrugar y vela por las noches sobre los libros. Parece inspirado por un gran ideal."

El gran ideal del estudiante era la seductora Luisa Stanley, hija del Gobernador de la "Isla del Hombre", educada en los más sanos principios de la moral, y cuyo sueño dorado consistía en dedicar la vida entera a combatir la injusticia con que la sociedad trataba a la mujer.

El nervosismo de Víctor era justificadísimo cierta mañana, pues debía examinarse de último año.

Sabó triunfante de la prueba final y corrió a llevarle la noticia a su Luisa.

— Ya soy abogado!

— Estaba segura de ello, Víctor. Eres tan estudioso.

— Uno de estos días hablaré con tu padre, y fijaremos el día de nuestra boda.

— ¡Oh, sí, Víctor! Pero yo también tengo una gran noticia para ti...

— ¿Qué es ello?

— Lee esta carta.

Víctor pasó sus ojos por el siguiente escrito:

JUNTA UNIVERSITARIA DE ACCIÓN SOCIAL

Establecida bajo el patronato de

Su Majestad la Reina

Srta. Dña. Luisa Stanley

Baltimore

Estimada Srta. Stanley.

Nos es muy grato ofrecerle el puesto de sub-bibliotecaria en esta Universidad, con probabilidades de ocupar el cargo en propiedad dentro de breve tiempo. Esperando su pronta contestación, quedamos de usted atentas y ss.

A. M. NICHOLS

Secretaria

Víctor se rió al tiempo que le decía a Luisa:

— Te felicito, pero supongo que contestarás declinando un ofrecimiento tan ridículo.

— ¿Qué?

— No quieras perder el tiempo, queridita. Otros quebraderos de cabeza tendrás tú muy en breve.

Pero Luisa se creyó ofendida por Víctor, y se rebeló a su opinión.

Como yo tengo mis ideas personales, estoy dispuesta a aceptar el cargo que se me ofrece, para demostrarte que no es tan ridículo como supones.

Víctor tomó a mal el desahucio de Luisa, que siempre se le mostrara dócil y enamorada, y le contestó:

— Está bien. Acepta si quieres... ¡Acepta

si prefieres vivir en Londres!... ¡A mi poco me importa!

Tras esta discusión se marchó, no deteniéndole Luisa.

En su estudio, Víctor se daba a todos los



El gran ideal del estudiante tra la seductora Luisa Stanley...

demonios por la decepción sufrida, mientras Luisa, en la suya, también herida en lo más íntimo, tomaba la pluma para romper con él, pero su delicada mano no obedeció al mandato

de la razón, sino a la voz del corazón. Y el enojo trocóse en ansia de reconciliación. Véase en la siguiente misiva:

Queridísimo Víctor:

Perdóname... Fue una tontería tomar la cosa tan a pecho uno y otro. Al fin y al cabo, mi felicidad eres tú, y he resuelto quedarme aquí.

LUISA

Alejandro Gell, amigo de la infancia de Víctor, le encontró hecho una furia, tirando libros a las cuatro esquinas de la habitación, y recibiendo uno él en la cabeza.

—¡Chico, frena!—le gritó, llevándose las manos al rostro y más arriba y encogiéndose todo por si lloviera más volúmenes.

Víctor se serenó delante del íntimo y le puso al corriente de lo que le había sucedido con Luisa.

—¡Eso que me cuentas es una nubecilla de verano, Víctor!... Mira, esta noche hay baile en el Peabellón; acompáñame, te presentaré a Beatriz Collister y procuraremos divertirnos...

—No estoy de humor, Alejandro... Me pesa haberme indispuerto con mi novia.

—No seas necio, hombre. Todas esas cosillas pasan, como otras también pasarán. Anda, decídate a venir conmigo. ¡Vas a ver qué chiquilla más graciosa! Te juro que si su coquetería no me asustara, me arreglaba con ella... ¿Qué, aceptas?

—Bueno, aunque ya sé que no lograrás que me distraiga...

Efectivamente, Beatriz Collister era una de esas criaturas que poseen el don de agradar a todo el mundo.

Era modistilla y, si hubiera crecido en otro ambiente, si Daniel Collister, su padrastro, no la hubiera hecho sentir en múltiples ocasiones el peso de su grosera opinión y de su pesada mano, y si no hubiera visto sufrir durante más de catorce años a su buena madre, en su segundo matrimonio, una de las más brutales tiranías, Beatriz no se proponía ir sola al baile del Pabellón, ni hubiera dado lugar a que Alejandro la tildara de coqueta.

Al ir a salir de su casa la joven para acudir a la fiesta, su padrastro, en muy mala forma, como de ordinario, le advirtió:

—Bueno, vete al baile, pero cuidado con ese amigo tuyo, Alejandro. Y ten también en cuenta, que si llegas después de las once, encontrarás la puerta cerrada.

Beatriz, a quien su padrastro se le había hecho odioso, se encogió de hombros y respondió:

—Vendré a las once, si me acuerdo a tiempo!...

—¡Allá tú, pero yo sé lo que me sé!

La enfermita madre de Beatriz, susurró al oído de ésta:

—Hija mía, por favor, prométeme que le harás caso a tu padrastro... ¡Ya sabes que cuando se enfurece es capaz de todo!...

—Sí, madre... Descuida...

Victor y Alejandro fueron al Pabellón.

Aprovechando la salida del primero, su ama de llaves se ausentó de la casa.

En el momento de partir, el ama en cuestión recibió la carta de Luisa para Victor, y la depositó en el buzón de la puerta.

Beatriz Collister y una de sus compañeras de taller esperaban en el Pabellón el momento de la inocente aventura, mil veces comentada, después, entre pespunte y pespunte...

Al ser presentado a Beatriz por Alejandro, Victor quedó gravemente sorprendido... y su íntimo tuvo que resignarse de mal grado a "pórticar" con la conjuñera, pues él y aquella le encontraban gusto a hablar a solas.

Y, mientras Alejandro quedaba boquiabierto, Victor gozaba al lado de Beatriz, aturdido por la embriaguez de unos posibles amores...

A Beatriz la embesaban las palabras que le murmuraba Victor con distinguida finura...

Pero llegó la hora—las once—y con ella el recuerdo de las brutales amenazas de su padrastro, y la separación se hizo precisa, sintiéndolo mucho la pareja...

Beatriz encaminóse rápidamente hacia su casa, en la que ya su padrastro, consultando con malos instantos el reloj, le decía a su desdichada mujer:

—¡Darán las once, tu hija no vendrá y la dejaré en la calle!

La cojita madre—pues era lisiada—esperaba

con angustia la aparición de Beatriz antes de que las once sonaran en el reloj.

Pero su esperanza fué vana: dieron las horas convenidas, y el padrastro, cual un cronómetro, cerró la puerta.



A Beatriz la embobaban las palabras que le murmuraba Víctor...

—No cierres aún, Daniel!—suplicóle la esposa.

Rechazóla el bruto, y la pobre mujer aprovechó una oportunidad para descorrer los cerro-

jos a fin de que Beatriz pudiera entrar en la casa.

Desgraciadamente, el padrastro notó la "traición" y volvió a cerrar.

Insistió la madre en que no fuera extremadamente riguroso, pero el tirano la empujó sin piedad hacia la cuna.

Apenas tres minutos después de las once llamó Beatriz a su casa. Había llegado a la hora fijada por el padrastro, pero el viento había derribado al suelo una cuerda de tender ropa, con efectos puestos a secar, y se le pasó un par de minutos recogiendo todo eso.

El padrastro se asomó a una ventana de la casa y, sin hacer caso de los ruegos de la madre, respondió a Beatriz:

—Anda a pedirte posada al que te tuvo en la calle hasta estas horas!

—No hagas eso, Daniel!—exclamó temblorosa la cojita.

—¡Quita de ahí! ¡Ya me va cargando a mí esa hija tuya!

Y no le cupo otro remedio a Beatriz que alejarse de su casa, en busca de la compañera que le acompañara al Pabellón y que debía estar aún en él con Alejandro.

Pero una tempestad acabó la fiesta bruscamente, y cada cual tuvo que regresar a su domicilio a toda prisa.

Beatriz refugióse a la puerta de una escalera, y Víctor, por obra de la Fatalidad, debía encontrarla y ofrecerle protección.

—Venga conmigo; haré que mi ama de llaves le arregle el modo de pasar la noche—le dijo, al enterarse de la conducta observada por su padrastra.

El frío, el temor a la noche, la inexperiencia y también la confianza de que en el estudio de Victor había una criada, decidieron a Beatriz a acogerse al interés que le demostraba el joven.

Entretanto, Luisa, en su casa, tenía la equivocada convicción de que su carta estaba en poder de Victor, y no podía leer, pensando en él toda la noche.

Al llegar a su piso, Victor dijo a Beatriz:

—Póngase detrás de ese biombo y despijese de sus ropas caladas. Abriguese con esas mantas, mientras yo aviso a mi ama de llaves.

Confada como una niña, Beatriz libróse de la mojadura que la helaba y entretanto Victor recibía la sorpresa de encontrar, en lugar de su ama de llaves, la siguiente nota de la misma:

Señorito:

Pasaré la noche en casa de mi hermana. Regresaré mañana a primera hora.

—¡Qué contrariedad!—exclamó Victor para sí.

Además de la citada nota manuscrita, Victor también encontró la carta de Luisa, y se dispuso a abrir el sobre, cuando la visión de la desnuda espalda de Beatriz, en un momento en que el biombo se vino al suelo, y antes de que ella lo levantase de nuevo, distrajo la idea del joven, que puso esa carta en un bolsillo de

su americana, alucinado por el magnífico *demi-corps* de la modistilla...

Y, como todo se había conjurado contra ellos, la Fatalidad venció...

Si bien se mira, todo el curso de nuestras vidas queda marcado por circunstancias al parecer triviales. Así, por ejemplo, si Beatriz no hubiera cambiado de ropa, si Victor hubiera leído en seguida la carta de Luisa...

Victor esperaba a su amigo Alejandro para darle cuenta del fin de su *aventura* de la noche pasada.

—Alejandro, amigo mío, he resuelto casarme con Beatriz Collister—dijole apenas tuvole ante sí.

—¿Qué dices, Victor?

—Sí, comprendo tu asombro. Persona que te haya quitado, como un desgarró, la pequeña ilusión que abrigabas acerca de ella.

—Pero, Victor...

—Baste decirte que estuvo aquí, conmigo, solos dos, esta noche.

—¿Es posible?...

—Todo lo sabrás. Fue una locura preparada por un poder malféfico e irresistible. En resumen: debo reparar mi falta casándome con ella.

Alejandro se turbó y tuvo que apartar los ojos de los de Victor.

—Mi error ha sido grande, amigo mío; pero tú eres hombre como yo y sabrás comprender. Ahora bien; como lo que es preciso es endere-

zar la torcedura, en interés de ella misma quiero que Beatriz se instruya antes un poco. ¿Se te ocurre algún lugar tranquilo donde poder mandarla?

—Por el aprecio que os tengo a los dos, no puedo negarme a ayudaros. ¿Qué te parece la señora Brown, la que fué institutriz de mi her-



...si Beatriz no hubiera cambiado de ropa...

mana?

—Bien. Encárgate tú de hablar con ella y de arreglarlo todo, mientras yo voy a poner a mi padre al corriente de lo que me pasa.

Con una pena muy honda en el corazón, Alejandro se dispuso a complacer a su íntimo, pero entonces más que jamás, la graciosa silue-

ta de Beatriz se le aparecía mentalmente, y le abría el corazón sin los recelos de antes por su roquetería.

Por las explicaciones dadas por Víctor, Alejandro había comprendido el peligroso medio ambiente en que siempre viviera Beatriz, y desde que sabía el tropiezo que había sufrido, la compasión, al contacto con el sentimiento de cariño que palpitaba en su pecho por ella, dió un injerto de vida al amor. Y era tal su pasión que, salvando el obstáculo existente, es decir, considerándolo irreal, no vacilaría en atajar, dándole su nombre, a la inexperta caída.

Víctor llegaba a la casa de su padre con el recto propósito de revelarle su mala acción y pedirle su consentimiento—que desconfiar—para dar la mano a la que por su culpa había pecado.

Pero el anciano Juez acababa de extinguirse, presa de un ataque cardíaco, sentado frente al retrato de su inolvidable esposa, y con el libro de memorias terminado con estas esperanzas finales:

...Y, andando el tiempo, Víctor casará con Luisa y habrá mantenido la tradición de nuestra familia! ¡Mi misión está cumplida!

—Perdón, padre mío!—sollozó Víctor.

El Otoño tocaba a su término, Alejandro había sido durante varios meses el intermediario entre Beatriz y Víctor, cumpliendo su misión con móviles interesados.

La simpatía de Beatriz, siempre creciente a los ojos de Alejandro, la convicción de que Víctor reconciliado con ella desde la muerte del Juez, pues leyó su carta y ella misma fué a buscar su respuesta—amaba a Luisa, y el deseo de evitar a aquélla una fuerte decepción, impulsaron a Alejandro a velar por ella...



Peró el anciano juez acababa de extinguirse...

También Beatriz se dió cuenta del desvío de Víctor, y fué aficionándose al generoso amigo. Y llegó día que Alejandro no supo fingir más su pretensión de hacerse amar por ella...

—No me parece muy discreta tu insinuación de que me quieres, Alejandro, sabiendo que Víctor ha de casarse conmigo.

—Sí, al fin, me decidí a hacerte ver que te amo con toda mi alma, portándome desleal con Víctor... es porque sé que no te ama... y tú también lo sabes de cierto.

Mis razones tengo para dudar de su amor, es verdad.

—Y tus razones son fundadas. Si tú quisieras... Conmigo no habría de faltarte nada y nadie podría amarte más que yo. Recuerda que yo fui el primero que te dije que eres bonita y fué mi corazón quien me llevó siempre a ti.

—¡Y me podrías amar como dices que antes me amabas?

—Sí, Beatriz. Tú eres buena y yo sólo sé que me harás feliz.

Entonces...

Alejandro acercó su rostro al de Beatriz que no lo retiró, y juntáronse sus labios.

—¿Me crees, verdad, Beatriz?

—Sí, Alejandro... ¡No te amedrentes y confíesle la verdad a Víctor!...

—¡Sí, se lo diré, y libres de todo compromiso, nos casaremos pronto!

El cariñoso interés que desde que quedó huérfano le había demostrado Luisa, fué avivando en el alma de Víctor la hoguera nunca extinguida.

—No debes matarte trabajando, Víctor... Si no es el exceso de trabajo, es alguna preocupación muy grave la que te tiene así...—le decía ella aquella mañana.

Y Víctor pretextaba haberse encargado de estudiar un asunto muy complicado, para justificar su peca expansión con Luisa.

Alejandro llegó en bicicleta a la quinta del Gobernador de la isla, en cuyo parque se hallaban Luisa y Víctor.

Llamó, desde lejos, a éste, como quien pasa de largo y sólo dispone de contados momentos para decirle algo a uno.

Alejandro había preferido apartar a Víctor de Luisa, mientras le decía lo que le tenía que decir, pues no sabía cómo recibiría él la noticia de que era portador. La intención era buena: pasara lo que pasare, Luisa no debía enterarse de nada.

—¿Qué ocurre?—preguntó Víctor a su amigo.

—Prométeme, antes de yo hablarte, que no me interrumpirás sin haber medido antes tus palabras en cualquier sentido que sea. Se trata de un caso muy transcendental en la vida de Beatriz, en la tuya... y en la mía.

Habla ya...

—Vine para decirte que en vista de que tú sigues con Luisa... pues yo y Beatriz hemos resuelto casarnos.

Víctor asió de las ropas a su intimo y éste creyó que quería castigarle por su infidelidad conquistándose el corazón de Beatriz. Mas, infundado era su temor, pues, sin gesto alguno ni amenaza, y más bien con cara sonriente, Víctor le dijo:

—¿Hablas en serio, Alejandro?

—No es esta una cosa de risa...

—¿Dices que Beatriz está conforme?

—Sin que me quisiera, ¿cómo podría yo pretender casarme con ella? No ignoras tú que ya nos queríamos antes.

—¿Abrazame, Alejandro!... ¡También yo he de confesarte que estoy decidido a casarme con Luisa!

—¡Bravo, Víctor! Regresaré hoy mismo a casa de Beatriz y pediré dispensa de las amonestaciones para casarme con ella a la mayor brevedad.

Mientras Alejandro, retozándose el corazón en el pecho de alegría, pedaleaba hacia la casita campestre donde vivía Beatriz con la institutriz recomendada por él, Víctor participaba a Luisa que, puesto que su amigo estaba decidido a casarse, él también quería hacer lo mismo y para ello le prometió pedir su mano aquel mismo día.

Además de eso, a aquella misma hora Beatriz era objeto de inteligente examen físico, por parte de la institutriz, en virtud de ciertos síntomas extraños que la joven notara durante la ausencia de Alejandro.

—Hija mía, sus sospechas son ciertas. Cónfíteste a su novio Alejandro y procura en apuro la reparación de su falta.

Ignorando la aventura que se inició en el Padellón, la institutriz acrecentó con sus amistosas palabras el sufrimiento de Beatriz que,

avergonzada de su pecado y sin fuerzas ni esperanzas de tenerlas para revelarle la verdad a Alejandro, pensó en el refugio materno, manantial de piedad y consuelo...

Victor hablaba eufórico con el padre de Luisa, ligándose a su hija con el compromiso matrimonial aceptado con suma satisfacción por el Gobernador, que había soñado con esa realidad.

—¿De modo que usted da su consentimiento a Luisa, señor Gobernador?

—Sí, Victor. Esta es una sorpresa agradabilísima, pero conste que no hay que hablar de boda hasta dentro de seis meses.

Alejandro, por su parte, legaba a la casita, donde ansiaba encontrar a Beatriz, pero la institutriz le sorprendió con la entrega de esta nota:

Queridísimo Alejandro:

Tengo que ausentarme. No olvides que mi corazón será siempre tuyo.

Adiós,

BEATRIZ

—¿Qué enigma se encierra en este papel? ¿Por qué ha preferido huir a contarme sus culpas?—preguntábase, desconcertado, Alejandro.

Y, entre las mil suposiciones que hacía, no se contaba la real...

Por obra del irónico Destino, Victor, el culpable del dolor que amenazaba el corazón de Beatriz y el de Alejandro, recibía honores.

—Yo también tengo que darte una sorpresa,

Victor. A pesar de tus pocos años, te he recomendado para que te nombren Juez, como sucesor de tu padre.

—¡Gracias, mil gracias, señor Gobernador!

—¿Qué contenta estoy! ¿Cuando tú seas juez, me ayudarás a evitar que se cometan injusticias con las mujeres!

—Sí, Luisa, como corresponde a todo buen representante de la Justicia.

Peru volvamos a la infeliz pecadora.

La lisiada madre no vivía con sosiego desde aquella maldita noche, y de continuo pedía al Cielo que se le hiciera la gracia de devolvérsela.

La buena mujer estaba sola en la casa, haciendo calceta.

De pronto, asustándola casi, se le presentó Beatriz llorando amargamente.

—¡Madre!

—¿Hija de mi vida!

Las dos mujeres se apretaron contra sí anegadas en lágrimas y, tras las naturales efusiones de su mutuo gran cariño, la hija soltó el dique de su amargura.

—Madre, madrecita mía, perdóname!...

Y de sus labios brotó la historia de su dolor.

—¡Hija, hijita!—collozó la anciana amparando a la vencida.

Peru en aquel momento llegó el monstruo, y al ver éste a Beatriz se desarrolló una escena repugnante y desgarradora:

—¡Tú de nuevo en mi casa, perdida!...

De un empujón, la separó de su madre.

Beatriz, como la cojita y débil mujer, implorábasele clemencia.

Pero el ruin padrastro no quiso ver que la muchacha que tenía delante no era la misma Beatriz desdenosa para con él de antes.



... no era la misma Beatriz...

que, al contrario, se le presentaba humillada y sumisa, como una víctima de la vida, y prosiguió iracundo:

—Vuelves sin duda porque ese desvergonzado de Alejandro estará hastiado de ti... ¿no

es eso?... ¡Pues yo no quiero desperdicios en mi casa!...

Las despiadadas palabras del padrastro, despertaban en el alma de la amantísima madre rebeldías que dormitaban en el fondo...

—¡Nada tienes ya que buscar en mi casa!... ¡Fuera de ella, mujerzuela, fuera!

En esto, las rebeldías, siempre latentes, de la madre se revelaron al fin, con la impetuosidad de un desbordamiento.

Daniel, apiádate de su sufrimiento. Beatriz necesita de nuestro hogar...

—¡Tú, vieja inútil, te callas!

Pero la brutalidad del hombre nada puede contra el furor de una madre al ver en peligro a sus tiernos seres. Y así, la lisiada, levantándose del suelo, donde un manotazo del bruto la tiró, se aferró a sus brazos diciéndole:

—Daniel, es mi hija... ¡No la obligues a que se vaya! ¡Déjala!...

—¡Ayarta!

—¡Infame, bandido, mal hombre!...

La anciana levantó sobre la cabeza de Daniel el bastón en que ella se apoyaba, pero el salvaje se lo rompió antes de recibir el golpe que le iba destinado.

Beatriz iba a ser echada otra vez al arroyo... y la madre, recurriendo a todos los recursos para defender a su hija, se armó de ceniza caliente y arremetió contra el padrastro.

—Si no quieres ver a mi hija en casa... ¡toma, para que ciegues!...

Daniel, rugiendo como un león, tanteaba en el vacío.

Beatriz, horrorizada sufría una peligrosa crisis nerviosa y temblaba como hoja en el árbol en Otoño.

La anciana, enloquecida de ansia de castigar al tirano, del que ella y su hija eran víctimas martirizadas, lo arrojó a patadas a la calle.

—¡Mi hija es buena, mal hombre! Y, si algo malo tiene, de ti lo aprendió... ¡Ciega, ciega, ya que no quieres verla!... ¡Ciega y muere como un perro!...

Y cerró sobre el rugiente hombre, que se arrastraba por el suelo, la puerta de la casa.

Y juntas, en aquel hogar sin calor de cariño, madre e hija lloraron sus infinitas angustias...

Meses después, en la sala del tribunal de la audiencia de Ballamoar, el nuevo juez tomaba posesión de su cargo.

Victor se disponía a seguir las huellas de su padre.

Un óleo perpetuaba la memoria de aquel Stowell que supo ajustar siempre su conducta al lema tradicional de su familia:

La Justicia es el bien más sagrado de la tierra.

A poco, el coche ecular se dirigía a cumplimentar la primera detención autorizada por el nuevo juez, Victor, firmada por el secretario.

Se trataba de Beatriz.

Había dado ya a luz un niño, pero se le murió a poco, de enfermedad.

La desventurada joven vivía con su madre en una apartada casa de campo, a la que se dirigió el coche de la Justicia.

El policía que iba en él, entró en la casa y presentó el auto de detención a la cojita, quien



... en la sala del tribunal de la audiencia de Ballamoar, el nuevo juez tomaba posesión de su cargo.

leyó, asustada, que se acusaba a su hija de delito de infanticidio.

—¡Esto no es cierto, señor! ¡Mi hija no hizo nunca nada malo!

—Tengo orden de llevármela, señora, y le

ruego facilite mi misión. Si no tiene culpa, razón de más para querer que se retire la acusación... Advierta a su hija que estamos esperándola.

La pobre madre, muerta de aflicción, subió a la habitación donde estaba su hija y le contó lo que se le imputaba.

—Beatriz, hija mía, descubrieron sin duda la tumba de nuestro niño y vienen a prenderte, acusándote de infanticidio.

—¡Oh, madre, qué mal he hecho yo para que me quieran perder!

Como el policía que esperaba a la inculpada se impacientaba, las dos mujeres tuvieron que separarse desgarrándose el alma.

No llores más, madre... Soy inocente y no podrán condenarme.

La anciana siguió a su hija hasta el coche y milagro fué que no se desplomara al suelo al verla subir a él como una vulgar malhechora. La afrenta era horrorosa.

Al partir el coche, la madre no pudo resignarse a confiar en que volvería a ver pronto a su hija, y se agarró al estribo posterior, para seguir así hasta la cárcel a Beatriz.

Sin embargo, sus fuerzas se agotaron: su cuerpo era arrastrado por el camino hasta las rodillas y, por fin, soltáronse las manos del escalón en que las crispaba.

A duras penas pudo la lisiada regresar a su casa, y desde la verja de la misma oteaba el camino y lloraba...

Y quiso el Destino que se cruzaran en la carretera, que conducía por un lado al idilio y por el otro a la cárcel, el Juez con su novia, Luisa, y Beatriz, sin verse.

El carruaje en el que iba el magistrado pasó por delante de la casa a cuya puerta lloraba la madre de la detenida, y Victor, compadecido,



La afrenta era horrorosa.

se apeó, con Luisa, para preguntar el motivo de tan amargo llanto.

—¡Lloro por mi Beatriz, que acaba de llevármela el coche de los presos...

—(¿Beatriz?...)—recordó el Juez.

—Dicen que ella mató a su hijo, pero esto no es verdad... El niño murió de enfermedad,

—Pobre señora...—murmuró Luisa.

Victor no respondió. El recuerdo había hecho presa en él, y luchaba sordamente con el deber profesional.

Al alejarse, con Luisa, de la pobre madre, lo hizo con mucho dolor...

Alejandro Gell, el íntimo de Victor, que a pesar de sus pesquisas no logró encontrar a Beatriz, figuraba entre los primeros abogados de la isla.

No podía, el joven, pensar que encontraría a su amada en circunstancias críticas, pero como la nobleza existe siempre o no existe nunca en un ser, Alejandro, enterado de la detención de Beatriz, fué a verla en la celda de la cárcel y, sin pedir cuentas por nada, prometióle que él era el mismo de antes, que él la defendería, porque tenía la seguridad de que un alma pura como la suya era incapaz de cometer la ignominia de que se la acusaba.

—Beatriz te amo, estoy seguro de que eres inocente y quiero hacer todo cuanto pueda por salvarte. Seré tu abogado y procuraré que Victor, que es quien ha de juzgarte, reconozca tu inocencia.

—¿Victor, has dicho?

—Sí, él es el Juez actual. El Gobernador lo empujó hasta el sillón principal...

—Mi hijo era el de la malaventura... el de Victor...

—Lo acabo de comprender, Beatriz... Yo pensé que habías huído de mí... porque no me

querías lo bastante para casarte conmigo... Cree en mí, amada mía, y yo sabré restañar las pobres heridas.

—Dios quiso ponerte en mi camino, Alejandro, para que no muriera sin un fiel cariño.

Ante el tribunal popular.

Presidía el acto el severo Juez, Victor Stowell.

Frente a la madre acusada estaba, representando la justicia de los hombres, el ser que en un arrebato propio de la juventud, fué el único causante de la tragedia.

Se supone el difícilísimo papel que debía representar Victor para hacer respetar los fueros de la Justicia, matando sus sentimientos personales.

Comenzó la vista de la causa.

—Se os acusa de haber muerto a un recién nacido... ¿Os confesáis culpable?

—¡Soy inocente!—contestó Beatriz, mirando al Juez a los ojos.

Entonces fué llamado a declarar el delator y único testigo del supuesto infanticidio: Daniel, el padrastro de Beatriz, que buscaba en la venganza la compensación de la enfermedad ocular que le tuvo algún tiempo en un hospital, y que le fué producida por la anciana madre.

Beatriz cerró los ojos para no verle, y en su interior germinó, a despecho de la confianza puesta en la defensa de Alejandro, la duda de

ser puesta en libertad, pues creía capaz a su padrastro de las más bajas declaraciones.

—Relatad ante el jurado lo que visteis en la noche del cinco de Abril—le dijo el Juez.

Y Daniel contó a su modo, lo que pensó ver el día de autos.

—¿Se afirma usted en su declaración?

—Sí, la muchacha que estaba en lo alto del risco era Beatriz Colister, mi hijastra. Allí dió sepultura al niño.

—Señor Juez, pido a Usía que no se retire el jurado sin oír a mi defendida.

Era la primera vez que Alejandro actuaba ante el tribunal popular, pero el afán de salvar a Beatriz prestaba mayor acierto a la defensa.

Luego, la procesada sinceróse con todos.

—¿Fue obra de Dios! ; Castigo de Dios que quiso quitármelo! Yo no lo maté. Mi hijo murió de enfermedad. Yo lo enterré en el picacho por miedo a revelar mi falta y también por respeto al nombre de su padre... ; Lo que digo es la verdad!... ; Tienen que creerme!... ; Daría mi vida por tener a mi nene en mis brazos!

Sin embargo, el tribunal popular consideraba que la acusada era culpable.

Alejandro alzó de nuevo su voz en defensa de la inocente, dirigiéndose de pleno al Juez.

—Es lamentable que el caso, que es de una claridad diáfana, no tenga para vosotros ni siquiera la atenuante del abandono en que ha vivido la acusada por culpa de aquel que más

tenía obligación de ampararla. Oígalo el tribunal popular y oígalo el señor Juez, al que debo recordar la austera y ejemplar conducta de sus antepasados, ¡A ese padre desnaturalizado, a ese cobarde, todos sus semejantes le negarán en su día la amistad y ninguna mujer honrada lo aceptará por esposo!

Lívido y avergonzado por su culpa, el Juez se sentía rico ante su propia conciencia.

—¿Queréis nombrar a ese hombre? preguntó el Juez.

Beatriz no lo hizo, pero Luisa leyó toda la verdad en los ojos de Víctor.

A poco, el Juez leía la sentencia propuesta por el tribunal popular y aceptada, en un inexplicable esfuerzo profesional, por él, y que condenaba a Beatriz a morir en la horca.

El Juez podía haber cumplido su deber, pero dentro de él se ocultaba avergonzado un pecador miserable y cerca una amante ofendida y mujer indignada...

Beatriz rompió a llorar en el banquillo, y Alejandro puso a contribución todo su cariño para darle nuevos alientos...

Luisa, así que vió solo a Víctor en la sala de deliberaciones, púsole una mano en su rostro en señal de desprecio.

Los remordimientos que siguieron a su torpe decisión se apoderaron de Víctor, y llegada la noche, Alejandro le salió al paso dispuesto a matarlo.

—¡Hiéreme si quieres! Otra persona a quien

amo me ha herido ya... ¿Acaso no lo merezco?...

Alejandro no pudo llevar a cabo su propósito, y angustiado suplicó al Juez:

—¿No habrá modo de salvarla, Víctor?



La víspera de la ejecución, Víctor, tomando sus precauciones, entró en la cárcel...

—¡La salvaremos, Alejandro! ¡Huirás con ella, y yo quedaré aquí, sólo, deshonrado, expiando mi propia culpa!

•••

La víspera de la ejecución, Víctor, tomando sus precauciones, entró en la cárcel, y visitó a Beatriz en su celda.

—Todo está cuidadosamente preparado para la fuga... Alejandro te espera... le susurró al



—¿Castigadme por haber condenado a la inocente Beatriz Collister!

oído.

—¡No... eso os traería complicaciones, y yo no quiero que nadie sufra por mí!...

—Te aseguro que todo se arreglará. ¡Huye! Alejandro está a la puerta.

—¿Y tú?...

—Yo... me quedo aquí... para proteger tu fuga.

Beatriz obedeció, y Alejandro la recibió en sus brazos.

¡No podemos perder tiempo! ¡El buque está pronto a zarpar!

Mientras los dos jóvenes navegaban hacia lejanas tierras, el pueblo, indignado por la gravedad de la sentencia y el conocimiento de los verdaderos hechos, reclamaba el castigo de Victor Stowell.

La fuerza armada se opuso a los amotinados, pero sólo pudo contener los ánimos la presencia del Juez, — a quien las autoridades propusieron únicamente la dimisión, — que les dirigió la palabra en estos términos:

—¡Castíganme por haber condenado a la inocente Beatriz Collister!... ¡Castígueme la justicia por mi complicidad en su fuga!... Por la humillación y el sufrimiento que causé a esa mártir, Dios me castigó ya, con mi aflicción y mi remordimiento...

El pueblo aplaudió al conocer la fuga de Beatriz, pero una mano ruin hirió en la frente, de una pedrada, a Victor.

Después de su confesión al pueblo, el Juez se acercó al oficial que mandaba la fuerza armada, y le dijo:

—Oyó usted mis palabras. ¡Cumpla ahora con su deber!

Luisa, emocionadísima, acercóse a Victor, le tomó sus manos entre las suyas, y le rumboreó:

— Tu sinceridad te ha regenerado, ¡Te amo más que nunca!

La rojita madre de Beatriz se contaba entre los amotinados ya calmados, y ella fué quien hizo correr la voz de la culpabilidad de Daniel Collister en la desventura de su hija.

Como la indignación popular reclamaba una



— Tu sinceridad te ha regenerado, ¡Te amo más que nunca!

victima, al conocerse la verdad el pueblo castigó al villano dejándolo por muerto.

Beatriz y Alejandro eran muy felices, y la buena madre fué llamada a su lado.

En cuanto a Victor, se le condenó a dos años

de prisión en un castillo, pero Luisa era fiel a su promesa y casaría con él.

Perdiéndose su mirada, desde los barrotes de su celda, en el horizonte, Víctor rezaba:

¡Mujer, tú que gozas y bendices, y sufres y perdonas, y compartes nuestras alegrías y alivias nuestras penas, sublime y santa mártir de la humanidad, bendita seas!

FIN

Revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

LA PRECIOSA NOVELA, BASADA EN LA POPULAR ZARZUELA DEL MISMO NOMBRE

La Alegría del Batallón

PRODUCCIÓN NACIONAL

Creación de ANA GINER

LA GENTIL PROTAGONISTA DE

LA DOLORES

POSTAL - REGALO
JACKIE COOGAN

40 PÁGINAS - 10 FOTOGRAFÍAS

Publicación
- Semanal - **PRECIO: 30 CTS.**

LA NOVELA FIEM sale todos los
miércoles en toda España

*Colecciones completas y ediciones
sueltas ilustradas a precios cor-
respondientes, en LA SOCIEDAD
GENERAL ESPAÑOLA de LIBRE-
RÍA, S. A. Barbara, 16 - BARCE-
LONA, en sus Agencias de Pro-
vincias y en todos los kioscos de
España*

¡INTERESANTÍSIMO!

LECTOR ¿HA TENIDO USTED LA SUERTE
DE VER LA GRANDIOSA PELÍCULA
LA DE LA RENOMBRADA **MARCA FOX**

Honrarás a tu madre?

¿LE HA GUSTADO COMO LA QUE
MÁS, NO ES CIERTO?

SU ASUNTO CONMUEVE A TODOS
SIN EXCEPCIÓN POR SUS INNUMERABLES Y REALES BELLEZAS.
ES UNA NOVELA QUE DEBE TENERSE EN TODOS LOS HOGARES,
PARA LOS GRANDES Y PARA LOS PEQUEÑOS

HONRARÁS A TU MADRE

ES EL LIBRO EN PRENSA DE LA
SELECTA BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

MAGNIFICA PORTADA DE LA ANCIANA MADRECITA LEYENDO LAS CARTAS DE SUS QUERIDOS HIJOS.

ABUNDANCIA DE FOTOGRAFÍAS
PRESENTACIÓN ESMERADA

RECUERDE Vd. Y PIDA

HONRARÁS A TU MADRE

PRECIO: UNA PESETA



